

EL PENSAMIENTO POLITICO DE LOUIS VEUILLOT

POR

MIGUEL AYUSO

I. Introducción.

Jean Madiran, con la asombrosa capacidad de análisis y discusión de ideas que le adorna y que nadie le niega, escribió, en la ocasión de 1968, que «una revolución que es la Revolución se levanta contra un orden que no es el orden» (1). Y lamentaba que el *ralliement* del episcopado francés —masivo, tardío y falto de discernimiento— a la «contestación» marxista de la sociedad cerrara el paso y oscureciera a la verdadera «contestación» cristiana del *mundo moderno*. La que se eleva contra las injusticias y los contrasentidos de la sociedad presente con el ánimo de restablecer en plenitud el orden natural. La que se plasma con concisión admirable en el *Syllabus* y de la que la actitud marxista no es sino grosera falsificación, *contra-façon*.

Por eso, en esta línea, hemos pensado alguna vez que se podría escribir una historia de la «contestación» cristiana al *mundo moderno*, que recogiera los distintos registros y tonalidades orquestados en nuestro siglo por un Maurras, un Péguy, un Bernanos o un Chesterton. Si tal se hiciera remontándose al siglo XIX, la personalidad de Louis Veuillot sería, de seguro, punto de referencia obligado para quien deseara conocer las razones en que se apoya tan poderosa actitud.

Hace tiempo que queríamos ocuparnos de la vida y la obra de Louis Veuillot, sin encontrar la ocasión y el medio propicios.

(1) Jean Madiran, «Après la Révolution de mai 1968», Supplément al núm. 124, junio de 1968, de *Itinéraires*, pág. 10. También, del mismo autor, *L'hérésie du XX^e siècle*, NEL, París, 1968, pág. 297.

para tal homenaje. Si la fortaleza de este espíritu y la extensión de la obra combativa demandaban un análisis concienzudo, la imposibilidad de intrincarnos en el contenido de los cuarenta gruesos volúmenes que ocupan sus *Oeuvres Completes*, en las Éditions Lethielleux, nos devolvía a la realidad. Que, por otra parte, no nos parecía conveniente reducir tampoco a los estrechos límites de un elogio periodístico siempre superficial por retórico.

Al apremio del tiempo —metidos ya en el 1983, en que se cumple el centenario de la muerte de nuestro autor— ha seguido la coyuntura favorable. Como es el conocimiento que hemos tenido de la antología reunida por Dom René Hesbert, monje de Solesmes y bien conocido por sus obras de espiritualidad y sus estudios sobre Bossuet, y publicada en fecha todavía reciente (diciembre de 1981) por las Nouvelles Éditions Latines (2) de París.

Como quiera que esta antología es extremadamente parca en lo que hace al pensamiento político, intentaremos salvar aquí la omisión en lo que sigue. Dejando para ocasión más propicia otros análisis detenidos.

II. Veillot, ese desconocido.

Veillot (1813-1883) es casi un desconocido en España. Apenas ciertos medios eruditos, y siempre en la línea de su íntima amistad con Donoso, han tomado razón de su papel en el abigarrado cuadro del catolicismo francés del pasado siglo. Editor de los más célebres discursos de Donoso Cortés y de su *Ensayo*, corazón amigo del de nuestro genial extremeño, nos desveló alguno de sus secretos (3) y compartió con él su sólida piedad y su aversión al racionalismo liberal.

(2) Dom René Hesbert, *Cà et là dans les oeuvres de Louis Veillot*, NEL, París, 1981, 200 págs.

(3) Louis Veillot, *Introduction a la éd. des Oeuvres de Donoso Cortés*, París, 1858-1859, pág. LXIV, señala que Donoso había pensado

E igual que Valdegamas contó con la confianza y el aprecio de Pío IX que, preparando a la sazón un *Syllabo* o catálogo de errores, quiso conocer la opinión de tan ilustres seculares por el conducto del Cardenal Fornari (4).

Fuera de estas anécdotas históricas, sin embargo, el hondón de Veuillot permanece absolutamente virgen para la mayoría de los lectores españoles.

¿Quién fue este escritor vivaz, propuesto «modelo de periodistas católicos» por San Pío X, en el «Breve» con que saludó el centenario de su nacimiento, en 1913? De humilde cuna (5) —hijo de un tonelero— y educado al margen de toda influencia religiosa, volvió de un viaje a Roma «siendo cristiano de los pies a la cabeza», según él mismo escribió. Desde entonces se entregará con fervor a la causa del catolicismo sin dejar de experimentar ante el nombre de Roma, ese nombre misterioso alrededor del cual odio y amor continúan con más ardor que nunca su antiguo combate, una extraña vibración y una seducción inexplicable. Inundando su alma el «parfum de Rome», esa esencia indefinible que jamás podrá ser analizada por la alquimia ni captada por el puro sentimiento (6).

Tras su conversión ingresa en un pequeño diario, *L'Univers*, fundado en 1833 por el reverendo Migne, que, con el brío de su pluma, no tarda en transformarse por completo. Entre campañas, luchas constantes, persecuciones y suspensiones habrá de convertirse en la tribuna que se enseñoreará de la opinión pública católica durante decenios. Aborrecido pero respetado, odiado mas siempre con atención oída, el nombre de Louis Veuillot no estará ausente de ninguna de las grandes controversias en que habrá de verse envuelta la Iglesia de Cristo.

seriamente en entrar en la vida religiosa, habiendo elegido para consagrarse a Dios la Compañía de Jesús.

(4) Cfr. Luis Ortiz Estrada, «Donoso, Veuillot y el Syllabus de Pío IX», en *Reconquista*, 1 (1950), págs. 15-36.

(5) Para una biografía de nuestro autor, cfr. la debida a su hermano Eugène y publicada en París en cuatro tomos entre 1902 y 1913.

(6) *Parfum de Rome*, París, 1862, introducción.

A Ernesto Hello, visionario y brillante prosista, debemos una emotiva semblanza de nuestro autor, casi una elegía: «Todo era fuerte en este hombre, el cuerpo tenía un aire de poderío. Vigoroso, enérgico, de constitución formidable, la debilidad de nuestra raza y de nuestra época no aparecían en él» (7).

Se le motejó de *polemista* cuando la polémica quedaba corta para sus anhelos y no era sino accidente. Detrás del hombre de guerra estaba el hombre de paz, más profundo e íntimo: «Si Veuillot no hubiera sido sino un luchador, este luchador no podría haber sido tan formidable» (8).

Pero las anécdotas no nos interesan. Hay que trascenderlas para reencontrarnos con la pureza cristalina de las ideas, conforme señalaba en el prólogo de uno de sus libros más célebres: «Una anécdota, por otra parte verdadera, puede llegar a falsear un día al hombre y al acontecimiento que quisieron clarear. Un hombre no es cojo porque haya tropezado, y el gran acontecimiento no sale de la pequeña causa que parece haberlo determinado. El humor del hombre no es su carácter, y su mismo carácter no es su conciencia. El humor y el carácter del hombre dan lugar al accidente; Dios y la conciencia, al acontecimiento» (9).

Veamos, en rápidos rasgos, el itinerario de sus ideas.

III. La conquista de la libertad de enseñanza.

Su irrupción en la vida pública tiene lugar con ocasión de la conquista de la libertad de enseñanza. Del brazo del conde de Montalembert, su futuro hermano enemigo, y en torno de una causa común. Son los buenos tiempos del *Parti catholique* y del lema «*catholiques avant tout*». Para reivindicar la libertad de

(7) Ernest Hello, *Le Siècle (Les hommes et les idées)*, Librairie Academique Perrin, París, 1920, pág. 422.

(8) Id., *op. cit.*, pág. 424.

(9) *Rome pendant le Concile*, Oeuvres Completes, tomo XII, préface, pág. 3.

enseñanza prometida por la Constitución de 1830 —y negada sistemáticamente por el gobierno— se logra el acuerdo más completo conocido entre los distintos sectores católicos en medio de las turbulencias en que tan pródigo será el siglo. Es la «pacificación religiosa» (10).

Veillot, despreocupado a la sazón por la liza política, se suma entusiasmado con las armas y bagajes de su *Univers*.

La Ley Falloux, de 1850, marcará el punto de inflexión hacia el declive, y la desintegración no tardará. Veillot y el ultramontanismo antiliberal acusarán a Falloux de no haber sacado todo el partido posible y de haber adoptado una actitud en exceso acomodaticia. El vizconde, por otra parte, querrá imputar al periodista el accidentado fin de la unión católica, y la respuesta de éste pasará a la historia: «Falloux falax».

Los hechos son de todos conocidos. El profesor Andrés Gamba, recientemente (11), lo ha narrado con expresividad y buen decir haciéndonos gracia de no insistir en ello. Desde entonces —lo sabemos— no habrá acuerdo posible. Montalembert, dice Harvard de la Montagne (12), no oirá en adelante hablar de *L'Univers* sin un estremecimiento. Su dulce oasis era la abadía de Solesmes, y no volverá más. «Estamos demasiado alejados...», escribirá a Dom Gueranger. Un ancho surco divide a los franceses. De un lado quedarán Montalembert, Dupanloup, Falloux, De Broglie. El propio Lacordaire —no muy estimado en otro tiempo por el par de Francia a causa de su radical democratismo— será admitido en aras del ideal «fusionista». Del otro, permanecerán Veillot, Dom Gueranger y el Cardenal Pie, acogidos al ultramontanismo puro, aún sin cuajar en una identidad tan perfecta como la de los contendientes: el abad de Solesmes ironizará sobre los fervores legitimistas del obispo de Poitiers

(10) Mons. Dupanloup, *De la pacification religieuse*, París, 1945.

(11) Andrés Gamba, «Los católicos y la democracia (Génesis histórica de la democracia cristiana)», en el volumen colectivo *Los católicos y la acción política*, Speiro, Madrid, 1982, págs. 185-191.

(12) Robert Harvard de la Montagne, *Historia de la democracia cristiana*, vers. castellana de J. J. Peña, Madrid, 1950, pág. 43.

y, en cuanto a Veuillot, los eclesiásticos no podrán perdonarle una prepotencia que los oscurece. Además de su reprobación —justa— por los excesos retóricos a que, en ocasiones, tan aficionado era el periodista.

Los ánimos excitados y el encono a flor de piel, los ataques mutuos serán numerosos. Entre los más injustos, y los que más hicieron sufrir a su director, hemos de reseñar el volumen in-8.º, de 211 páginas, titulado *L'Univers jugé par lui-même* (13), y lanzado en julio de 1856 por el editor Dentu, en que, recogiendo textos que se decían extraídos del diario, se hacía aparecer éste como demagógico, revolucionario, jaleador de insurrecciones, instigador de asesinatos, defensor del gobierno sin religión, sin principios ni moral, sin fe ni ley, «teórica y prácticamente ateo».

El autor de tan torpe manipulación era un vicario general de París, en combinación con el obispo de Orleans, Dupanloup, el que escribiría más tarde de Veuillot: «Opprobres et ruine des causes qu'ils prétendent servir». Su nombre, sin embargo, es particularmente esclarecedor de otra situación insidiosa: Gaduel, el mismo que tan minucioso censor fuera del *Ensayo*, de Donoso (14), con la secreta intención, puesta en evidencia por el incidente posterior, de la que lanzada traspasase también al editor francés del libro del diplomático español, y que no era otro que Louis Veuillot. ¡Siempre la misma historia! Una historia de tergiversaciones ensayada de nuevo, y con parecidas maneras e igual éxito, con la condena de Maurras y *L'Action Française*.

IV. El error del Imperio.

Entre finales de 1851 y comienzos de 1852 se consuma en Francia una tormenta política. El príncipe-presidente Luis Na-

(13) Cfr. Robert Harvard de la Montagne, *Chemins de Rome et de la France*, NEL, París, 1956, pág. 163.

(14) Cfr. Carlos Valverde, S. I.: Introducción general a las *Obras Completas de Donoso Cortés*, BAC, Madrid, 1970, tomo I, págs. 72-73.

poleón cede a la «seducción familiar» y, tras un golpe de Estado, se proclama emperador. La nueva situación demanda una toma de postura nítida y decidida de los católicos, ya divididos en dos bloques irreconciliables.

Gueranger, Parisis (obispo de Langres y bastión del antiguo *Parti catholique*) y Louis Veuillot sonrían al nuevo poder. Afectados todavía por el trauma de los acontecimientos revolucionarios de 1848 se muestran partidarios del despotismo «para un pueblo que ha dejado de ser católico». Montalembert les replicó: «Seréis azotados con las varas que hayáis bendecido» (15). Y no se equivocó. La política imperial, lenta, pero inequívocamente, fue dejando mostrar su verdadero rostro. El profesor Andrés Gamba la ha descrito en rasgos tan breves como precisos (16), «siempre tortuosa y oportunista, anticlerical en el fondo y galicana en la forma, defraudó aquellas esperanzas injustificadas y dio frutos amargos para la Iglesia».

Veuillot y los antiliberales —no cabe duda— erraron, jugando la mala baza. Cuando comprendió el error reaccionó con furia, lanzándose al ataque. El *Univers* fue suspendido por el Gobierno, pero demasiado tarde...

El mal estaba hecho y la crítica fácil de los enemigos campeaba libre de trabas: «Cuando era débil —decían— reclamaba la libertad en nombre de nuestros principios liberales, mas cuando es fuerte la quita al amparo de su principio».

Veuillot opone un rotundo desmentido: «Yo no he demandado la libertad a los liberales en nombre de su principio, la he demandado porque es mi derecho. Y este derecho no lo tengo por ellos, sino por mi bautismo, que me ha hecho digno y capaz de libertad... La libertad es la inocencia. Y la inocencia, ¿qué es? El servicio razonado y consciente a Dios. La otra libertad es para mí una ley de esclavitud» (17).

(15) Cfr. Juan Roger, *Ideas políticas de los católicos franceses*, CSIC, Madrid, 1951, pág. 253.

(16) Andrés Gamba, *loc. cit.*, pág. 196.

(17) *Derniers Mélanges*, vol. III, págs. 138, 421 y 425.

V. El Syllabus y el liberalismo.

El 8 de diciembre de 1864 aparece la encíclica *Quanta cura* acompañada del *Syllabus*, y con ellos se desencadena —y no es un tópico— una verdadera tempestad religiosa cuyos rumores, mitigados, llegan hasta nuestros días. El acto del 8 de diciembre tiene una importancia capital: «Está dirigido —dirá a su clero el Cardenal Pie— contra los adversarios, contra los de fuera, desde luego; pero se dirige todavía más, si es posible, a los de casa». No estaba descaminado el infatigable apóstol de la Realeza social de Nuestro Señor Jesucristo (18). Así lo entendieron también los católicos liberales que, viéndose absolutamente descalificados, hubieron de cubrirse púdicamente con los velos del distinguo.

Dupanloup, obispo de Orleans, separará con habilidad el dominio de los principios absolutos —cuya integridad es protegida por el magisterio supremo— y el de las soluciones provisionales, que se atemperan a las realidades contingentes no para someterse a ellas sino para transformarlas (19). Era legítimar, a título de hipótesis, las libertades modernas, pero Pío IX se dio por satisfecho con la pirueta y así se lo hizo saber. Louis Veuillot, en cambio, violento, entero, agresivo, replicó de inmediato con su libro *L'illusion liberale*, uno de los más logrados. En su capítulo X descubre la clave de su disconformidad: ¿Y por qué seguir la corriente? Hemos nacido, estamos bautizados y nos llamamos consagrados para remontarla. Debemos remontar y afinarnos en secar esta corriente de ignorancia y felonía de la criatura, esta corriente de mentira y de pecado, esta corriente de

(18) Cfr., sobre el pensamiento del Cardenal Pie, Théotime de Saint-Just, *La Royauté Sociale de N.-S. Jésus-Christ*, 3.ª ed., Emmanuel Vite, 1931; y Ch. Etienne Catta, *La doctrine politique et sociale du Cardinal Pie*, NEL, París, 1959.

(19) Mons. Dupanloup, *La Convención del 15 de septiembre y la encíclica de 8 de diciembre de 1864*, vers. castellana, Dürán, Madrid, 1865.

lodo que lleva a la perdición. No tenemos otra misión en el mundo» (20).

La mentira del liberalismo católico, a Veuillot no se le escapa, no está en saber si es preciso soportar con paciencia lo que no depende de nosotros trabajando al tiempo por obrar todo el bien que aún sea posible. La cuestión estriba —así lo entendió el cardenal Billot (21)— precisamente en si es conveniente admitir esta condición social, a la que nos conduce el liberalismo, ensalzando los principios que son el fundamento de este orden de cosas, promoviéndolos por la palabra, por la doctrina, por las obras, como hacen los católicos llamados liberales.

Pero en nuestro autor no producen efecto las alambicadas razones del obispo de Orleans. Los principios revolucionarios son nítidos, sencillos. Y contribuye a ponerlo de relieve en otra página del último libro mencionado: «Existe un principio del 89 que es el principio revolucionario por excelencia y, él sólo, toda la Revolución y todos sus principios. No se es revolucionario sino en el momento en que se le admite, no se deja de ser revolucionario sino cuando se abjura de él; en un sentido como en el otro todo lo lleva consigo, levantando entre los revolucionarios y los católicos un muro de separación a través del cual los *Pyrames* católico-liberales y los *Thisbés* revolucionarios sólo podrán hacer pasar sus estériles suspiros. Este único principio del 89, es el que la cortesía revolucionaria de los conservadores de 1830 llama la secularización de la sociedad, es el que la franqueza revolucionaria del siglo, de los *Solidaires* y de Quinet, llama brutalmente la expulsión del principio teocrático. Es la ruptura con la Iglesia, con Jesucristo, con Dios, con todo reconocimiento, injerencia y apariencia de la idea de Dios en la sociedad humana» (22).

(20) *L'illusion libérale*, Oeuvres Completes, tomo X, págs. 332-333.

(21) Cfr. Juan Roger, *El catolicismo liberal en Francia*, 2.ª ed., Edición Nacional, Madrid, 1961, pág. 59, en que cita un trabajo del P. Le Floch sobre el Cardenal Billot.

(22) *L'illusion libérale*, pág. 354.

He ahí maravillosamente expuesta la actitud del catolicismo liberal. Esa escisión insalvable que engendra entre la conciencia individual y la actividad política no puede sino disgustar a un hombre como el nuestro, heraldo del «oportet illum regnare» paulino. El Evangelio —para él— es tanto ley de salud política como de salvación personal: es preciso cristianizar la vida privada, pero no lo es menos moralizar la vida pública. Dirigiéndose al general Trochu, escribe: «Esta escisión que fomentan los católicos liberales) es el veneno que mata a la sociedad. Paraliza los brazos y los corazones que podrían salvarla. Quita a los hombres de bien el sentido vigoroso de lo justo y de lo injusto, destruye en ellos la majestad generosa de la fe, les prohíbe la grandeza, entregándoles a las incertidumbres y a los compromisos, a todas las falsas habilidades de la pobre razón humana...» (23).

Y, en el «Parfum de Rome» describe, con contornos polémicos, el carácter y los extravíos del *espíritu moderno*: «Vierte abundantes y enfáticas frases sobre los derechos de la inteligencia, de la libertad y de la humanidad. ¡Sabe mentir! Pero, llevado al terreno de la realidad, es ignorante, servil y destructor. Su ignorancia destruye los campos para agrandar las ciudades; destruye al labrador para crear al artesano; al artesano para formar al mercader; a éste para hacer de él una máquina; deshace la corporación para crear al individuo, al individuo para crear al ejército y destruye la Iglesia para edificar la taberna» (24).

Ese es el origen de todo el mal, pues —como dice con frase que evoca en quien escribe esta nota versos admirables de Péguy y páginas chestertonianas de *The Ball and the Cross*— todo lo que se alza contra Dios termina volviéndose contra el hombre: «Yo reprocho a la Revolución haber odiado a Dios y, por consecuencia natural y probada, despreciado al hombre» (25).

(23) *Paris pendant les deux sièges*, Paris, 1871, vol. I, pág. 280.

(24) *Parfum de Rome*, págs. 232-233.

(25) *Les livres penseurs*, Oeuvres Complètes, tomo V, introd.

VI. El Concilio de la infalibilidad.

En 1870 tiene lugar el tercer acto del combate ultramontano de Veuillot. La convocatoria del Concilio Vaticano y la discusión de la infalibilidad pontificia da lugar de nuevo a que nuestro autor prolongue su ya largo actuar contra el liberalismo y galicanismo que, para mayor facilidad polémica, aparecen haciendo causa común en estos días.

Los liberales católicos, en efecto, consideran inoportuna la definición. Así lo manifiestan en su órgano *Le Correspondant*, inspirados en última instancia y como siempre por Dupanloup. Y aquí tiene lugar el hecho extraordinario que maravilla a Harvard de la Montagne: la intromisión de un laico —Veuillot— en tan singular pelea (26). Instalado en Roma y acogido favorablemente por el Papa, le encontramos, arma al brazo, en primera fila. Más fuerte que sus adversarios, prevalece sobre ellos.

Sus choques de aquellos días están reflejados en el memorial *Rome pendant le Concile*, su mejor libro para muchos, una pura maravilla. Tras de su lectura se entiende el odio que levantó. El «teólogo laico del absolutismo» se le llamó con ánimo de ofensa. Pero ahí queda su testimonio. Sin él no habría sido todo igual: la viva dialéctica del polemista debía cumplir la misión de *caballería ligera* al lado del *grueso* formado por el discurso teológico de un Pie o un Gueranger (la *Monarchie Pontificale* (27) de este último resultó especialmente demoledora) y la argumentación filosófica de altos vuelos desarrollada por Blanc de Saint-Bonnet precisamente en las páginas de *L'Univers* (28).

«Quod inopportunum dixerunt, necessarium fecerunt», dijo Monseñor Cousseau de los antiinfalibilistas. Y la glosa de su amigo Veuillot no se hizo esperar: «Lo que estaba aconsejado

(26) R. Harvard de la Montagne, *Historia de la democracia cristiana*, cit., pág. 70.

(27) Cfr. el comentario elogioso que dedica al libro de Dom Gueranger, en *Rome pendant le Concile*, págs. 210-212.

(28) A. Blanc de Saint-Bonnet, *L'Infaillibilité*, NEL, París, 1956.

por la duda ha encontrado la evidencia, lo que era alegado contra la oportunidad ha creado la necesidad» (29). No se puede decir en menos palabras.

VII. Veuillot, un monárquico independiente.

Es en 1871 cuando culmina la evolución política de nuestro autor, en coherencia con la línea defendida durante su batallar. Llega, además, en vísperas del debate, a tiempo aún de tomar partido. Y de acertar, para con el acierto borrar el yerro —del que tanto se arrepintió— del apoyo que ofreció en determinado momento a Napoleón III.

Veuillot, de eso se trata, llega a la Monarquía. Por el largo camino de la evidencia de los hechos. Muchas cosas han ocurrido desde su primera despreocupación por la política: «Teníamos —escribe, refiriéndose a 1834— una actitud general bien decidida. Se admitía 1830 con su carta, su rey, su dinastía y nos limitábamos a tratar de sacar el partido posible en favor de la libertad de la Iglesia» (30). Cuando da a la estampa estas palabras, en 1856, ya mira desde lejos su anterior criterio. En 1870 sigue indiferente ante las formas de gobierno, pero su evolución es perfectamente discernible: «Decíamos ayer a un hombre de ese partido: sed católicos, nosotros seremos republicanos. Hoy no pedimos a los republicanos que sean católicos. Ser católico requiere altas cualidades que ellos no tienen. Nosotros les decimos simplemente: dejadnos ser católicos y nosotros seremos republicanos» (31).

Es, como hemos dicho, en 1871 cuando se completa el tránsito. El 28 de octubre se expresa así: «Usando del derecho común, nosotros nos pronunciamos por la Monarquía legítima» (32).

(29) *Rome pendant le Concile*, págs. 160 y 208-210.

(30) *Histoire du Parti catholique*, Oeuvres Completes, tomo VI, página 407.

(31) *L'Univers*, de 13 de agosto de 1870.

(32) *Ibid.*, de 28 de octubre de 1871.

¿Qué ha ocurrido en el último año para justificar el cambio del director de *L'Univers*? Simplemente la realidad le ha abierto los ojos. En esa fecha ya sabe que su proposición —tan modesta— no tenía visos algunos de ser aprobada. Y, probablemente, ha comprendido que la *República* (hoy diríamos la *democracia*) no es una simple forma de gobierno sino que puede encuadrarse entre los contenidos políticos, conforme señaló con claridad su compatriota Pierre Gaxotte (33) muchos años más tarde.

Por eso, cuando en 1873 se produce una reviviscencia del fervor monárquico y parece inminente la restauración en la persona del Conde de Chambord, Veuillot está con él. Conseguida la reconciliación dinástica todo parecía encaminarse a buen fin hasta que surgió la «cuestión del liberalismo». Su negativa a aceptar los principios revolucionarios fue fulminante, frustrándose en consecuencia la operación. La bandera —frente a la simplificación de que ha sido objeto— era tan sólo un símbolo. A ella subyacía la verdadera negativa, que era de ideas: «Mis principios son todo, mi persona no es nada». Y Veuillot, como siempre en primera línea, en el eterno combate antiliberal, junto a Chambord.

VIII. Conclusión.

En lo anterior hemos procurado ofrecer una síntesis —casi una antología— del pensamiento político-religioso de Louis Veuillot. Faceta crucial de su personalidad de publicista y que influyó, superponiéndose, a todas las demás.

Sería injusto, sin embargo, reducir su obra a lo anterior. La atención a las cuestiones sociales —«es una suerte para los po-

(33) Cfr. Pierre Gaxotte, «La buena República», en *Acción Española*, núm. 34, de 1 de agosto de 1933, donde escribe: «No hay una buena República. La buena República es una utopía y una trampa para cazar incautos. Lo esencial es esto: la República no es una forma de gobierno, es una ideología que se desarrolla, un río que se desliza, una corriente que sigue una pendiente acelerada. No es posible remontar la corriente republicana: o se la quiebra, o hay que resignarse a sufrirla».

bres ... que haya pobres», decía resumiendo (34) sus reflexiones, hondas y discutibles, sobre la pobreza y el dolor—, los libros de viaje, los artículos costumbristas, los «mélanges» y la correspondencia encierran tesoros inagotables para quien, entre el espesor de la jungla de páginas, llegue hasta los últimos rincones. Algunos de éstos han sido dados a la luz por Dom Hésbert en la antología a que antes hacíamos referencia. En lo que a nosotros hace, sólo hemos querido salvar algunos de sus pensares políticos del polvo de las bibliotecas eruditas.

De los dos grupos de católicos de que habló Dom Delatte en su *Vie de Dom Gueranger* nuestro tiempo ha conocido con abundancia a los que «se esfuerzan primeramente en determinar la dosis de cristianismo que la sociedad moderna puede soportar, para invitar a la Iglesia enseguida a reducirse a ella», mientras ha guardado silencio culpable sobre «los que tienen por primer cuidado la libertad de la Iglesia y el mantenimiento de sus derechos en una sociedad cristiana». Veuillot perteneció a estos últimos. Fue un crítico del *mundo moderno* y un apasionado del *Syllabus*. Si habló de *democracia cristiana* (35) fue con el significado de demofilia luego autorizado por León XIII y sin ninguna de las intenciones políticas reprobadas por el Pontífice. Estos son sus «pecados». Los que han determinado su olvido por la *intelligentsia*. Y los que nos mueven a homenajearle.

(34) Aunque no es tema de este trabajo, pueden verse sintetizadas las opiniones sociales de Veuillot en su libro *Cà et là, Oeuvres Complètes*, tomo VIII, págs. 136-146. Respecto de la frase que citamos y que ha sido objeto de abundantes discusiones, Charles Moeller, en *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, Gredos, Madrid, 1964, tomo I, pág. 495, dice que por esa frase salvaría todas sus discrepancias teológicas con Veuillot.

(35) Cfr., para comprobar la nitidez del pensamiento de nuestro autor en este punto, *Rome pendant le Concile*, pág. 560, y *Derniers Mélanges*, tomo IV, pág. 144. Así se expresa en este último lugar: «Después de largo tiempo vemos que el sufragio universal nos conduce al abismo, y sabemos que no escaparemos... Francia sólo será salvada por Jesucristo y con Jesucristo».